

*Algo pasa, no caben dudas,  
independientemente de lo que pensamos  
y nada es tan importante como emparejar  
esas dos clases de acontecimientos. Que uno falla  
y que no habrá hecho más que ensuciar el papel.*

Pierre Bergounioux<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Correspondencia privada, carta del 29 de noviembre de 2013.



## Introducción

Ellas eran esas chicas de ciudad, coquetas, perras, zorras, maniqués en vidrieras, prostitutas. Ella es la chica del campo, cuya cercanía lo despierta, única; es “una mujer en sí misma, y sin más allá”. ¿Con qué amor la habrá amado el joven filósofo Ferdinand Alquié?

Jacques Lacan se dedica a reducir su obsesión por ella: le hace llegar a su amigo, que se ha ido lejos a buscarla, una carta muy conmovedora a la que adjunta el único poema que escribió alguna vez.

Única, como también lo es Ariadna en su acoplamiento con Dionisos. Nietzsche traza su retrato: libre, sabe qué hacer con su hilo, dominar el goce excesivo que padece su amante; recibe ese don en su carne, lo apacigua; ella lo sabe, ese verdugo es también un mendigo al que acoge volviéndose su prisionera, mujer sin más allá. Así lo ama.

Salieron a la luz rozando una actualidad cuando ellas no tenían lugar para ser dos singulares historias de amor donde se distingue un rasgo –un primer rasgo– que les es común: el objeto, la amada, es una mujer sin más allá (diremos por qué le resulta conveniente el perfecto nombre de “objeto”).

Es un acontecimiento en la historia de las figuras del amor en Occidente. Lo comprueba el hecho de que su inimaginable aparición permite percibir retrospectivamente que se dedicó mucho para proveer a ese objeto de un más allá (a lo cual él mismo contribuyera, creyendo que hallaba tranquilidad).

Empezando por Dios, un más allá ejemplar. Actualmente se cuentan 56.000 dioses en este mundo. ¿De qué se encargan?

Configuran la erótica de aquellos que los han elegido, lo sepan o no. Resulta sorprendente que el psicoanálisis tome tan poco en cuenta esa injerencia divina.

No obstante, es un dios declarado muerto, es decir, un fantasma, el que juega esta partida desde hace más de un siglo en Occidente. ¿En dónde? En el “lugar del Otro” ligado a lo femenino (el así llamado “otro sexo”) y que Lacan, franqueando un paso (un abismo), corporifica (el Otro forma sexo.)<sup>2</sup> Dios, su fantasma, coloniza el lugar del Otro produciendo un efecto deletéreo, un impedimento. De los cuerpos, de sus maneras de gozar.

¿Qué significa un impedimento? La etimología, *impedicare*, lo aclara: el sujeto que “avanza hacia el goce”<sup>3</sup> es detenido en el camino, preso en una trampa, no solamente puesto en dificultades sino bloqueado en su movimiento.

No obstante, puede ocurrir que una experiencia erótica supere ese impedimento. Daniel Paul Schreber lo intentaba practicando el autoconoito, sin lograrlo del todo; lo suficiente sin embargo como para obtener su liberación del asilo y, más radicalmente, cierto desprendimiento del goce divino.<sup>4</sup>

Pensamos aquí por caso.<sup>5</sup> Mientras que Schreber encontraba un ángulo para volver moralmente compatibles la erótica humana y el dominio de Dios sobre el goce, y confirmando por lo tanto, aunque frágilmente, la existencia de Dios, los

---

<sup>2</sup> A tal punto que tuve que escribir “Otrosexo” (*El amor Lacan*, París, EPEL, 2009, pp. 314 y 337) [ed. en esp.: *El cuenco de plata*, Buenos Aires, 2011].

<sup>3</sup> Jacques Lacan, *La angustia*, París, Seuil, 2004, p. 20.

<sup>4</sup> Véase Jean Allouch, *Schreber teólogo* (París, Epel, 2013 [ed. en esp.: *El cuenco de plata*, Buenos Aires, 2014]), segundo tomo de la trilogía *La injerencia divina* que se cierra con el presente volumen. El título del primer volumen precisaba cuál era su orientación: los *Prisioneros del gran Otro* (París, Epel, 2012 [ed. en esp.: *El cuenco de plata*, Buenos Aires, 2013]), un rebaño al cual, según Lacan, pertenece cualquiera.

<sup>5</sup> Véase Jean-Claude Passeron y Jacques Revel (dirs.), *Penser par cas*, París, Ediciones de la EHESS, 2005.

otros dos casos cuya lección intentaremos extraer ahora sólo pudieron ocurrir una vez que Dios se reconoció como muerto.

La efectiva muerte de Dios, su segunda muerte, vale decir, el término definitivamente puesto a su existencia fantasmal, es condición de posibilidad para que el objeto mujer pueda verse desembarazado de su más allá. Porque sí, estaba embarazada de él, como encinta.

Dos líneas que se cruzan no localizan un punto; se deslizan una sobre otra, según señalaba Lacan, y sólo la intersección de una tercera, que forme con ellas dos un trisquel, permite tal localización. Alquié y Nietzsche ofrecen esos dos casos, que suman tres con Schreber.

La injerencia divina en la erótica será pues considerada no en donde actúa contrariamente, sino más extrañamente en donde se pudo apartarla. Y sin duda que ya es una manera de eximirse de ella.

Así intentaremos esclarecer la afirmación tan inesperada, rara y molesta de Lacan (13 de marzo de 1973) según la cual el goce de la mujer sigue siendo el lugar en donde Dios todavía no hizo su salida.

Como oyente de mi seminario cuando presentaba, ampliamente auxiliado por la obra de Barbara Stiegler, *Nietzsche y la crítica de la carne*,<sup>6</sup> el modo de acoplamiento al que se entregaban Dionisos y Ariadna y que los liberaba a ambos, Chantal Maillet se adelantó en primer lugar para preguntar: “¿No le habrá soplado eso en el oído Lou a Nietzsche?”. De donde surgió una decisión, cuyos efectos se leerán aquí mismo, en el capítulo IV, que Chantal Maillet tuvo a bien escribir. Por lo cual le agradezco.

---

<sup>6</sup> Barbara Stiegler, *Nietzsche et la critique de la chair*, París, PUF, col. “Épiméthée”, 2011.